

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

La revolución Cubana en el diario La Nación: euforia, decepción, condena (1959-1962).

Aelo, Oscar (U. N. de Mar del Plata) y Perez Branda, Pablo (CONICET).

Cita:

Aelo, Oscar (U. N. de Mar del Plata) y Perez Branda, Pablo (CONICET). (2007). *La revolución Cubana en el diario La Nación: euforia, decepción, condena (1959-1962)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/1016>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: La Revolución Cubana en el diario La Nación: euforia, decepción, condena (1959-1962).

Mesa Temática Abierta N° 114. “Estructuras, sujetos y procesos en América Latina contemporánea”.

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Humanidades. Departamento de Historia.

Autores:

-Aelo, Oscar H. Profesor adjunto /Jefe de Trabajos Prácticos. Dirección: Neuquén 1713 (7600) Mar del Plata. TE. (0223) 492-0511. Email: ohaello@mdp.edu.ar

-Pérez Branda, Pablo M. Profesor adscripto, Becario Doctoral CONICET. Dirección: Castex 1009 (7600) Mar del Plata TE. (0223) 4823875.

Email: perezbranda@speedy.com.ar

La Revolución Cubana en el diario La Nación: euforia, decepción, condena (1959-1962).

La victoria y consolidación del proceso revolucionario comandado por Fidel Castro en Cuba alteró significativamente los datos básicos del escenario político-social. En la isla, sin duda significó un “nuevo comienzo”, una reestructuración radical de las relaciones entre las clases sociales, y entre éstas y el poder político. Al mismo tiempo, la triunfante revolución castrista influyó decisivamente sobre la América Latina, imponiendo modificaciones drásticas en los modos de abordar la temática revolucionaria tanto en las ideas cuanto en las prácticas políticas. Una vertiente de esta renovada influencia se advierte claramente en la aparición de grupos u organizaciones que, desde diversos cuadros políticos nacionales, pretendían reproducir las tácticas supuestamente adoptadas por las huestes guerrilleras cubanas en la Sierra Maestra. Del mismo modo, y también procesados de diversas maneras en los diferentes países, furibundos enfrentamientos entre corrientes de izquierda, que tendió a oponer a los partidarios de la vía política, de medio o largo plazo, a quienes entendían que el deber del revolucionario era “hacer la revolución”¹. Sin embargo, una influencia menos directa -pero no menos importante- fue advertida, sagazmente, por Tulio Halperin Donghi, quien señaló el peso de la

¹ Ver, entre otros, D. Bruce Jackson, *Castro, el Kremlin y el Comunismo en América Latina*, Buenos Aires, Lúbera, 1973; o Vladimir Tismaneau, “El castrismo y la ortodoxia marxista-leninista en la América Latina”, en AA.VV., *Cuba, 1959-1991. Evaluando el castrato*, Costa Rica, IICLA, 1991, pp. 109-136.

cuestión cubana en “la consolidación a escala latinoamericana de un frente antirrevolucionario dominado por los sectores más hostiles a cualquier modificación [...] del orden vigente”².

Una parte relevante (no necesariamente principal) de esta reconfiguración de un “partido del orden” de alcance continental les cupo a los medios periodísticos. En la Argentina, un lugar destacado entre los actores políticos que lentamente cerraban filas en el mantenimiento del *statu quo* fue ocupado por el diario La Nación, vocero tradicional y –en la época- prestigioso de una línea de pensamiento liberal-conservadora. En este marco, el objetivo principal de la ponencia es reconstruir la particular y varias veces modificada opinión que el diario difunde sobre el fenómeno cubano entre el arribo de los revolucionarios conducidos por Fidel Castro a La Habana y los primeros meses de 1962, cuando la tensión entre las autoridades de la isla y el concierto de naciones americanas –con Estados Unidos como estandarte- llega al punto límite, con la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos. El diario fue acompañando los cambios operados en Cuba y los producidos a nivel continental, estableciendo tres estadios de análisis claramente definibles, aún cuando sus fronteras temporales aparezcan difusas.

1.Euforia

El ingreso de las huestes castristas triunfantes a La Habana el 1º de enero de 1959 significó para el diario La Nación, el desafío de describir, analizar, y en algún punto justificar ya no sólo los derroteros de la particular gesta libertaria; también, insertar la experiencia en el seno de la cambiante geografía política nacional y latinoamericana como un gesto positivo, como un avance frente a un subcontinente continuamente castigado por experiencias que lo alejaban de un ideal de aspiraciones que habían vaticinado “los padres fundadores”³.

Atrás había quedado el momento populista abiertamente denostado, “el tirano prófugo” había dado paso a la reinscripción nacional en la brecha desandada y todo parecía indicar que el reencauce se estaba extendiendo a otros confines latinoamericanos. Aquella anomalía por la que se había atravesado era sólo eso, un trance de desconcierto; pero el

² Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Alianza, 1988, p. 410.

³ La Nación, *El sentido reverencial de mayo*, 28-3-59.

recuerdo estaba fresco entre sus detractores, dispuestos a dar batalla a los perturbadores resabios del régimen depuesto.

El fin de los contratiempos indeseados se auguraba inmediato. La noticia del triunfo revolucionario se instaló con vigor en la redacción de *La Nación*, preparada para darle inusitada relevancia con expectativas, aunque también con reparos. La “caída sin grandeza” de Fulgencio Batista prometía depositar a la isla en el edénico terreno inicial configurado por quienes dieron forma a Nuestra América. La obra transformadora del triunfante Movimiento 26 de Julio consagraba grandes líneas de cambio y ponía “particularmente el acento en la moralización de la vida pública del país”. No obstante la euforia inmediata, se preveía que la metamorfosis era compleja, posiblemente plagada de dificultades. La tarea podía verse transfigurada por estar formadas las huestes triunfantes de “elementos de distinto origen, unidos para la lucha por la liberación, acaso separados pronto por la obra constructora”⁴. El inteligente vaticinio inicial, como agudamente señaló Ricardo Sidicaro, invitaba a reflexionar a los lectores del diario capitalino sobre la fragilidad de las coaliciones formadas para derrocar gobiernos en nombre de la democracia⁵. Con todo, se ensayaban forzadas comparaciones entre el “recio combatiente de la sierra”, el general Aramburu y el almirante Rojas: tal vez la euforia y la lejanía posibilitaran el ilustrativo parangón inicial.

El ámbito de la crónica fue tibiamente absorbida por la puesta en marcha de alguno de los cambios prometidos en la etapa revolucionaria. Que Castro se ocupase inmediatamente de la primera etapa de la prometida reforma agraria, en lo que pudiera llamarse la revolución social para los agricultores cubanos, no mereció por parte de *La Nación* mayor atención⁶. El particular silencio ubicó al diario en una posición expectante, a pesar de conocerse que el vasto programa de Castro prometía repartir tierras entre los campesinos que ayudaron a combatir la dictadura de Batista. Se trataba, por entonces, de una reforma agraria mucho más moderada que la boliviana o la mexicana. Subrayaba la crónica que se preveía repartir tierras fiscales y otras no explotadas por sus propietarios. La breve y aséptica notificación, daba a entender lo

⁴ *La Nación*, *Caída sin grandeza*, 2-1-59.

⁵ Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 276.

⁶ *La Nación*, *Castro se ocupa de la reforma agraria*, 3-2-59.

temprano y aventurado de un juicio en materia tan sensible, y la euforia – no convertida aun en desconfianza- se mantuvo incólume frente al anuncio⁷.

Indudablemente importaba más cuál podría ser la deriva del Movimiento 26 de Julio. La Nación aspiraba a que se respetase el programa de la sierra que era fiel, decían, al pensamiento de Martí.

“La lucha tiene, pues, dos fases complementarias: la destructiva y la constructiva. En una hay que reducir a escombros el aparato maldito de la tiranía; en la otra hay que alzar sobre sus ruinas el edificio libre de la verdadera república. Estamos todavía en la primera. Por cuanto tiempo no lo sabemos, aunque todos debemos prepararnos para la eventualidad de una lucha larga y cruenta”⁸.

La tarea destructiva era una terrible puesta a prueba que ayudaría a reparar los errores del pasado afirmando la democracia y la justicia social. El propio Castro no subestimaba la labor que se tenía por delante. Los enemigos de la revolución podían ser, ahora, “los propios revolucionarios” si se dirigen al pueblo sin la verdad y creando falsas expectativas⁹. El Movimiento 26 de Julio estaba integrado por individuos de muy disímil procedencia e ideología. Había, para decirlo con palabras de Fidel, “quienes querían una revolución como siempre y quienes querían una revolución como nunca”¹⁰. La desarticulación de la estructura dictatorial comenzó con el enjuiciamiento y ejecución de líderes y colaboracionistas *batistianos* acusados de torturar y asesinar a opositores políticos. El diario La Nación evitaba omitir opinión sobre las ejecuciones, a veces sumarias, pero sistemáticamente dedicó considerable espacio a reproducir los cables que llegaban de las agencias norteamericanas que veían con preocupación los acontecimientos¹¹. En efecto, el principio de las malas relaciones entre la Cuba revolucionaria y Estados Unidos fue consecuencia de este choque entre los valores de la justicia y el castigo que tenían los revolucionarios y los valores de equidad y moderación que –argumentaban los norteamericanos- una sociedad liberal aplicaba a

⁷ La primera ley de Reforma agraria está fechada el 17 de mayo de 1959. En ella se estableció un límite máximo para los propietarios individuales de 402 hectáreas que podía ser mayor en casos excepcionales. La legislación fue complementada el 3 de octubre de 1963, por la segunda y última Ley de Reforma Agraria, la cual fijó un tope máximo de propiedad individual en 67 hectáreas. Véase Julio García Luis (ed), *La Revolución Cubana. 45 grandes momentos*, , Barcelona, Ocean Press, 2005, pp 28-35.

⁸ La Nación, *La restauración en Cuba*, 6-1-59.

⁹ Discurso del Comandante Fidel Castro en la fortaleza militar de Columbia, La Habana, 8-1-59.

¹⁰ Raúl Roa Kourí, “Un año de la revolución cubana”, *Cuadernos Americanos*, Nº 3, Mayo-Junio 1960, p. 44.

¹¹ Véase La Nación, *Más sentencias en la cabaña*, 3-2-59; *Sentencias capitales dictaron en La Habana*, 4-2-59; *Tres ejecuciones en la Fortaleza de La Habana*, 7-2-59; *Fue ejecutado el comandante Sosa Blanco*, 19-2-59; *Ejecuciones en Santa Clara*, 21-2-59; *Nuevos fusilamientos*, 25-2-59; *Fusilamientos*, 2-3-59; *Más ejecuciones*, 27-2-59; *Fueron fusilados más convictos de los crímenes en Cuba*, 6-3-59; *Nueva exhortación de clemencia en Cuba*, 10-3-59.

sus enemigos¹². No obstante la ausencia de editorialización, el juicio del diario aparecía en el *copete* de alguna de las notas: se consideraba que las primeras sentencias capitales “Recayeron sobre tres colaboradores del Himmler de Cuba”. La opinión extranjera acerca de los acontecimientos fue la herramienta predilecta por el diario y ocupó un rol sustantivo por aquel tiempo. Esta recayó en la reconocida trayectoria profesional de Jules Dubois, que por aquel momento se encontraba al frente de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), organismo del cual La Nación era uno de sus miembros más reconocidos; el periodista interpretó que se trataba de un “mínimo de represalia por parte del pueblo” ya que la dirección del Doctor Castro era aun inspirada. Sin embargo preocupaba al columnista extranjero la existencia de dos gobiernos paralelos en Cuba: “uno es la rama civil presidida por Urrutia, el otro la rama militar que dirige Fidel Castro” y sentenciaba que

“la tarea que ante sí tiene Fidel Castro es ahora, definitivamente, subordinarse al jefe civil de la Nación y fundir el régimen militar con el régimen civil lo más rápido posible. No es saludable para Cuba vivir en un constante estado de agitación”¹³.

La situación en la cual se debatía el futuro cubano distaba de ser cómoda. A las vicisitudes de la labor destructiva, se sumaba la no menos compleja tarea constructiva, tensada de forma implícita por las relaciones diplomáticas a nivel continental que suponía, aún, una suerte de policromía ideológica difícil de descifrar. Dubois, atento a las circunstancias, recordaba a la opinión pública desde las páginas de La Nación que “el ejército de civiles barbudos de Fidel Castro derrotó a un ejército adiestrado por una misión militar de Estados Unidos” y que esta política errónea de “ganar gobiernos y perder pueblos” repercutiría tarde o temprano¹⁴. De hecho la voz de la triunfante revolución empezaba a transmitirse a nivel subcontinental, en lo que podría denominarse un incipiente internacionalismo antidictatorial, afirmando a la vez el nacionalismo cubano¹⁵. La labor de la OEA era vista con desconfianza por el líder de la Sierra Maestra, y el diario que confió durante esta etapa en la política internacional “occidental y cristiana” de Frondizi, considerando a la Argentina un país latinoamericano con compromisos continentales y hemisféricos, no ahorró espacio para

¹² Véase Jorge Domínguez, “Cuba 1959-1990”. En: Leslie Bethell (ed), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1998, Tomo 13, pp 183-221.

¹³ Jules Dubois, “La senda que se abre para Cuba”, en La Nación, *La América de hoy*, 3-2-59.

¹⁴ Jules Dubois, “Una lección que no debe olvidarse”, en La Nación, *La América de hoy*, 14-2-59.

¹⁵ Jorge Domínguez, “Cuba 1959-1990”...p. 184.

rescatar cuanto sea posible de la relación entre Cuba y el resto de los países americanos¹⁶.

En efecto, Fidel Castro consideraba ineficaz la labor de la OEA por considerar que “no resuelve nada; solamente ha intervenido en pequeñas guerras pero no ha prestado ningún servicio a los pueblos”. Pasando del dicho al hecho, el gobierno cubano se había resuelto a combatir las dictaduras latinoamericanas, y en lo inmediato, a que estos países fueran expulsados de la OEA. En las expectativas del novel gobierno cabían también las expectativas democráticas y republicanas de La Nación, y el fresco recuerdo de la “tarea libertaria” emprendida en 1955. Entusiasmaba que Fidel Castro se refiriera al llamado a elecciones; más admiración despertaba aún su palabra, justificando el por qué de no realizar elecciones de manera apresurada:

“si los comicios fueran realizados ahora reflejarían interés de nuestra parte. En las actuales circunstancias tendríamos una mayoría abrumadora. Es mejor para la Nación que las elecciones se realicen cuando los partidos políticos estén plenamente desarrollados y sus programas definidos claramente”¹⁷.

Sin embargo, las ásperas declaraciones del líder cubano en materia de política internacional comenzaban a arrojar un manto de sospecha ratificada por el levantamiento de opiniones de otros medios colegas que veían con preocupación la cruzada antidictatorial de Castro. La diplomacia norteamericana alertaba que ellos tenían ahora la difícil tarea de evitar una guerra en el Caribe, “y la chispa es Cuba”¹⁸.

Por otra parte, se proclamaba desde la isla la neutralidad latinoamericana frente a la denominada guerra fría, en momentos que el diario La Nación editorializaba sobre los recaudos a tener en cuenta por la posibilidad de tener “el enemigo en casa”¹⁹. Nuevamente Dubois, desde Cuba, proclamaba el crepúsculo de los dictadores, y preanunciaba que “surgirá inevitablemente la acusación de que los comunistas pudiesen llegar a infiltrarse en algunos de los proyectados movimientos de liberación” y “que tales imputaciones podrían tener cierta base, pero lo cierto es que los comunistas podrán siempre inmiscuirse en estos movimientos en tanto persistan los regímenes dictatoriales”²⁰. La Nación confirmaba su conciencia latinoamericanista y comprometida con el futuro de los pueblos del subcontinente, Cuba era una bandera que

¹⁶ María de Monserrat Llairó y Raimundo Siepe, *Fronzizi. Un nuevo modelo de inserción internacional*, Buenos Aires, Eudeba, 2003, p. 51.

¹⁷ La Nación, *Refirióse Castro a las elecciones*, 1-3-59.

¹⁸ The Times, “Caldero Caribe in America”, en La Nación, *Grave incidente frente a la embajada de Haití en Cuba*, 11-3-59.

¹⁹ Sin embargo, las tácticas de la “penetración roja” editorializadas por el diario hacían referencia a la lejana China; ver La Nación, *El enemigo en casa*, 28-2-59.

²⁰ Jules Dubois, “Crepúsculo de los dictadores”, en La Nación, *La América de hoy*, 17-3-59.

hasta el momento no defraudaba, así lo certificaba Jules Dubois quien hacía, de alguna forma, las veces de corresponsal en la isla, ante la ausencia de un enviado argentino.

La gran cobertura que mereció el arribo de Fidel Castro a Buenos Aires el 1º de mayo de 1959 para participar de la reunión de los 21 delegados de la OEA, confirmó la expectativa que el diario albergaba respecto de Cuba y la personalidad de su líder. Su palabra en la 6ª sesión del cónclave sentenciaba la necesidad de que “no puede haber libertad sin pan, ni pan sin libertad y no es posible separar el ideal económico del político”, a la vez que fustigó la corrupción de las dictaduras latinoamericana y de los gobiernos constitucionales de la región que se apartaban de la moral²¹. La algarabía con que fuera celebrada la visita de Fidel a Buenos Aires en las páginas del diario era complementada por la opinión de Dubois, quien celebraba la iniciativa del líder cubano que desde Buenos Aires reclamaba préstamos por parte de Estados Unidos de treinta mil millones de dólares en diez años para fomentar las economías latinoamericanas: “el líder cubano tiene, sin duda, razón, pero lo que ha demorado la adopción de un plan de esa amplitud es el hecho que el dinero necesario no está disponible”²².

La euforia inicial ante la Revolución Cubana alcanzaba en esta reunión su cenit; acaso sin saberlo, el diario se aprontaba a ingresar en una nueva fase analítica.

2. Decepción

El curso de la Revolución Cubana no siguió los derroteros esperados por la opinión liberal latinoamericana. El golpe final que, en apariencia, los “barbudos” aplicaban contra la dictadura *batistiana* se comprendía en términos del avance inexorable de la democracia: de Perón a Batista, los más enconados adversarios de tal régimen político yacían derrotados. Sólo rémoras quedaban, simbolizadas por Trujillo, Stroessner y algún otro dictador de vieja estirpe.

Pero a contramano de tal visión idealizada, el régimen castrista emprendió una serie de avances nacionalistas e igualitarios que, poco a poco, fueron encendiendo luces amarillas en ese supuesto camino hacia la democracia “ideal”. La primera ley de reforma agraria, supuso de por sí un creciente antagonismo con el gobierno norteamericano, convertido en una especie de vocero de los intereses terratenientes afectados en Cuba. Aún cuando un análisis circunstanciado de las razones que

²¹ La Nación, *Una importante reunión tuvo el comité de los 21*, 3-5-59.

²² Jules Dubois, “Progreso económico y libertad”, en La Nación, *La América de Hoy*, 20-5-59.

empujaban al gobierno cubano en esa dirección brilla por su ausencia en el periódico argentino, una primera prevención hizo su aparición hacia julio de 1959:

“Cuba sigue sufriendo la “transición”. Surgen de tiempo en tiempo conatos de complots y amenazas de terrorismo. Pero más seria para la afirmación del gobierno levantado sobre el derrumbe de la dictadura es la orientación del propio quehacer revolucionario. La demagogia es, en efecto, enemiga del gobierno”²³.

Para el diario, peligroso era un exceso de igualitarismo en función gubernativa. No era casual que, la misma nota, comparase el caso cubano con el boliviano: una creciente inestabilidad política, derivada –en esta opinión- del poco celo en subordinar las demandas populares a la gestión estatal.

Pero el inesperado curso revolucionario implicaba otras facetas. Y estas se vinculaban con el creciente control gubernamental sobre las informaciones periodísticas. En Cuba, como ha ocurrido en otros procesos revolucionarios, o por lo menos igualitarios, el régimen gubernamental ha sido poco amigo de la crítica de la acción de gobierno. Ciertamente, en períodos de aguda lucha política, con tensiones crecientes entre los grupos y clases sociales, nada sería menos esperable que una absoluta libertad de expresión. Adicionalmente, debería considerarse seriamente que esta “libertad” no ha sido, en ningún caso conocido, “igualitaria”: algunos grupos cuentan con ella, y otros no²⁴. En Cuba, tal situación se tornó particularmente grave para los propietarios de periódicos ante la actitud asumida por los trabajadores de esos medios de prensa, considerados desafectos u opositores al gobierno: incluir, debajo de los editoriales o notas, breves líneas –no autorizadas por la dirección- refutando o cuestionando la opinión expresada.

Esto era el mundo al revés. Los propietarios de empresas periodísticas condenaron expresamente la práctica de los trabajadores cubanos, señalando –quizá no erradamente- que el gobierno castrista estaba por detrás, o era el principal instigador de esa línea de acción. Con todo, resulta sobremanera evidente que el tratamiento dado por la prensa continental al asunto incluye en los reclamos por la “falta de libertad de prensa” un tronante sesgo de patronal ofendida ante los avances injustificados de los trabajadores, quienes, aparentemente, ya no sabían guardar su lugar. Así, el nucleamiento de los diarios americanos organizados en la SIP, consideraba que la situación de la prensa en

²³ La Nación, “Visiones de América”, 13/7/1959.

²⁴ Recuérdese la afirmación de un obrero argentino en vísperas del peronismo recogida por D. James: “la libertad de expresión es cosa de ustedes, nosotros nunca la hemos tenido”; (“ustedes”, en este contexto, significa individuos de la clase media); *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 31.

Cuba “era la más compleja e insoportable” que hubiera sufrido el periodismo de un país americano, porque:

“En cada periódico se ha constituido una comisión de obreros de los talleres, empleados de la administración y algunos periodistas que tiene la facultad [...] de agregar una nota aclaratoria al artículo o información [...] que ellos deseen, que se imprime al pie del mismo y en la que se hace constar que lo publicado no se ajusta a la verdad [...]”²⁵

Tal condena, que prioriza la defensa del derecho de propiedad más que la libertad de expresión fue prontamente seguida por el diario argentino. Sin embargo, el cuestionamiento a la ausencia de libre expresión periodística se conjugaba, en La Nación, con impresiones políticas de neto corte interno. En este sentido, ya tempranamente, un editorialista del diario creía advertir en esa tendencia del gobierno castrista una semejanza desafortunada con el “régimen depuesto”, cosa que no podría ser más intolerable. Así, en nota firmada por Juan Valmaggia, por entonces subdirector del diario (además de representante del medio en la SIP) se entendía que el gobierno cubano estaba dando muestras de ciertas similitudes con el abominable peronismo:

“El héroe de Sierra Maestra admite difícilmente la disidencia [...] A ello hace eco, por lo demás, una cadena de periódicos, radios y televisoras que amplían los agravios y, más papistas que el Papa, tornan menos cómoda la posición del que disiente. Quienes conocimos al régimen que empobreció a nuestro país no podemos dejar de pensar con pena, por amistad hacia el pueblo cubano, en el curioso parecido que todos estos métodos tienen con lo que implantó en la Argentina el sistema abatido en septiembre de 1955”²⁶.

Lo grave era el “parecido de familia” que el articulista creía ver entre castrismo y peronismo, el cual, por inducción, tornaba al primero cuestionable. En la época, las semejanzas entre ambos regímenes, o liderazgos, fueron destacadas por otros autores²⁷. Es interesante remarcar esta visión, porque ofrece una pauta de las dificultades para “clasificar” el régimen cubano en el contexto epocal. Durante buena parte de 1960, diversos organismos o voceros gubernamentales norteamericanos avanzaron constantemente la prédica del “comunismo” que se iba entronizando en la isla. Algunos legisladores, notablemente reaccionarios, de aquel país, habían sospechado

²⁵ La Nación, 13/5/1960.

²⁶ La Nación, 9/10/1959.

²⁷ Por ejemplo, un periodista brasileiro de “Tribuna da Imprensa”, quien no sólo veía similitudes, sino que suponía que las mismas estaban directamente vinculadas con la presencia de peronistas, experonistas o protoperonistas en las esferas de dirección cubana; ver Stefan Baciu, *Cortina de hierro sobre Cuba*, Buenos Aires, Edit. San Isidro, 1961. Inclusive la literatura académica veía tales parecidos: recuérdese el artículo de Torcuato di Tella, que incluía al castrismo como una variante “radical” del populismo latinoamericano. “Populismo y reforma en América Latina”, *Desarrollo Económico*, vol. 4, N° 16, enero-marzo 1965.

tempranamente que ese sería el cariz que tomaba el curso revolucionario en Cuba. Menos abruptamente, otras organizaciones e intelectuales derivaban en la misma opinión. Así, para la AFL-CIO, quedaban pocas dudas que la isla se estaba tornando una “cabeza de puente” para el desembarco del comunismo soviético en la América²⁸. Del mismo modo la SIP, especialmente ante la prédica –un tanto rabiosa- de uno de sus principales funcionarios, Jules Dubois. Este –a quien ya hemos tratado como articulista de La Nación- había cambiado su inicial apoyo a Fidel por una ferviente animadversión, vinculada con lo que entendía era una “traición” del líder cubano al proyecto democrático inicial (tal, evidentemente, como Dubois lo entendía). Tal “interpretación”, la de la traición castrista, era por otra parte la conclusión principal de un estudioso norteamericano –aparentemente, como el periodista citado, también con llegada directa a los círculos gubernamentales del país del norte- llamado Theodore Draper²⁹.

La administración Eisenhower, sin embargo, no estaba del todo convencida que esa fuera la realidad cubana; o por lo menos, dudaba en expresarse públicamente de esa manera. Documentos recientes han mostrado sin lugar a dudas que el gobierno de aquél país ya consideraba a Castro un enemigo y se planeaba eliminar el problema de cualquier manera³⁰. Pero en la época, esos planes secretos no eran conocidos por los formadores de opinión, norte o latinoamericanos, y por ende no formaban parte de la ecuación con la cual construir una interpretación consistente.

Así, lo que prevalece es la duda. Y el diario argentino no estará exento de ella. Por una parte, la dubitativa explicación recurrirá una y otra vez a la comparación con el peronismo como una forma de aproximarse al proceso cubano. Aún cuando el diario poco a poco se “desilusiona” con el curso que el proceso revolucionario había tomado, sigue pensando que, en origen, el movimiento estaba justificado. Pero la práctica específica del gobierno cubano, las reiteradas intromisiones en la archimentada libertad de expresión, conducían a La Nación a una opinión que resaltaba los aspectos negativos que el proceso, a su entender, iba cobrando:

“Cuba nos duele. Por eso no podemos identificarla con sus eventuales dirigentes de una hora, aunque estos tengan en su haber la liberación reciente, aunque los domine un espíritu de renovación y reestructuración que comprendemos en sus finalidades y podemos compartir en sus aspectos entrañables, pero que no se concilian con la supresión de todas las libertades humanas [...] Pensar de otro modo sería, en efecto,

²⁸ La Nación, 6/5/1960.

²⁹ Ver, del autor, *La Revolución de Castro. Mitos y realidades*, Buenos Aires, Asociación Argentina por la libertad de la cultura, 1962.

³⁰ Ver Volker Skierka, *Fidel*, Madrid, Martínez Roca, 2004.

suponer que el régimen abatido en nuestro país hace cinco años podía justificarse por las doctrinas y aspiraciones que proclamaba [...]”³¹

De este modo, el diario daba a entender que la “justicia social”, aún cuando fuese un ideal colectivo, no podía conjugarse con restricciones a las libertades básicas. Sin embargo, esta declaración del matutino es una de las pocas en que intenta integrar la temática igualitaria dentro de un discurso efectivamente dominado por el tema de la libertad. Este es un asunto que merece un análisis más detenido.

En su momento, las proclamas peronistas en torno a la justicia social, así como, anteriormente, la prédica nacional-popular de la revolución mexicana, habían impactado bien más allá de las fronteras de ambos casos nacionales para afectar diversos segmentos sociales de otros países. Así, por ejemplo, el proceso revolucionario mexicano estuvo en la base de la formación de una corriente de ideas nacionalistas y antiimperialistas cuya principal expresión continental quizá haya sido el APRA; una tradición política a la que José Aricó denominaba la “tradición populista” en Latinoamérica. El impacto del peronismo, aunque menos estudiado, probablemente haya sido de similar gravitación. Para algunos publicistas de la época parecía evidente que la fascinación por el “justicialismo” había afectado la opinión política de vastos grupos sociales, populares y de elite³². Cabría acotar, entre paréntesis, que no sería imprudente considerar que tal fascinación hubiera afectado al mismo Fidel Castro³³.

Sin embargo, difícilmente La Nación estaría dispuesta a aceptar que la prédica peronista fuese algo más que demagogia y mala intención (al menos, en el período que estamos analizando aquí)³⁴. De este modo, un canal interpretativo estaba poco menos que cerrado. Obsérvese lo siguiente. En una columna de opinión semanal, uno de los colaboradores del diario sintetizaba los dilemas ideológicos del momento:

“En América Latina hay dos corrientes políticas fundamentales: la que basa su acción sobre la libertad de la persona humana en todos los terrenos – llamémosla, desde ahora, *neoliberal*- y la que se apoya sobre ideas *nacionalistas y socializantes* de fácil arraigo”³⁵.

³¹ La Nación, Editorial, 5/9/1960.

³² Hemos analizado este asunto en un trabajo anterior. Véase Oscar H. Aelo, “Imágenes latinoamericanas en la época del populismo”, *Estudios Ibero-Americanos*, Vol. XXVII, N° 2, 2001, pp. 191-209.

³³ Para Carlos Franqui, por ejemplo, la “ideología” de Fidel, hacia finales de los años cincuenta, incluía dosis de nacionalismo, antiimperialismo y peronismo en proporciones variables. Ver *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981.

³⁴ Sidicaro ha mostrado los vaivenes del discurso del diario durante los primeros gobiernos del General Perón, los que habían menguado notoriamente su crítica al régimen.

³⁵ La Nación, “Panorama político”, 3/10/1960 (cursivas en el original).

Desde luego, el articulista presupone que esta última conduce inevitablemente al “caos económico”, además de preparar “el camino al comunismo”. No hay más opción, entonces, que la neoliberal. Lo que carece de explicación, en esta como en otras versiones del mismo tenor, es justamente la frase “de fácil arraigo”. ¿Por qué arraigarían fácilmente las ideas nacionalistas y de izquierda? El diario enmudece ante tal pregunta, y no existe el menor intento por racionalizar esa predilección que las masas –sin duda, ahí estaba el arraigo temido- mostraban.

Por este camino sellado, la interpretación del caso cubano deriva inevitablemente hacia la “conjura de las elites”. El diario no prestó la menor atención al violento proceso de guerra civil que se desarrolló en Cuba durante todo el año sesenta, la cual, probablemente, ofrecería pistas menos aleatorias acerca de la radicalización política cubana que la mera voluntad de sus líderes³⁶. Como los pueblos no cuentan, salvo como masa de maniobra (de “arraigo”) la interpretación del periódico tiene inevitablemente que volver sobre la “traición” de Fidel y sobre la “imposición” de políticas sobre la población de una dirección autónoma. Y esta tesis, o pseudo tesis, se mantiene hasta el final de este período signado por la “duda cubana”:

“No es por azar que viejas y nuevas dictaduras americanas hayan coincidido en su aversión [a la libertad de prensa]; en países regidos por la violencia de las camarillas, como en Cuba; por la egolatría del poderoso, como en la República Dominicana; o por el recelo a la voluntad del pueblo, como en Paraguay”³⁷.

No habrá sido por azar que se eligieron estas palabras para caracterizar regímenes, por otra parte tan distintos. Pero la “violencia de las camarillas” es tan poco convincente como explicación que no podría permanecer por demasiado tiempo.

Al mismo tiempo, la duda se abre en otra dirección, vinculada pero distinta: la de qué hacer frente al régimen cubano. Aunque estamos muy lejos ya de la euforia inicial, y de la exaltación de la revolución cubana como modelo a seguir, la dificultad para definir “que es” o en que se ha convertido ese proceso conlleva una duda metódica similar con respecto a que debería hacerse frente a él, o como tratar al régimen cubano.

En este sentido, una de las vías ofrecidas –de algún modo- por el propio régimen para una crítica ofuscada fue el intento por “exportar” el modelo cubano. Aun cuando tal intento no pasó de las palabras, salvo una que otra acción un tanto apresurada sobre la República Dominicana, diversos órganos de expresión política –periodísticos o

³⁶ Referencias a la violencia civil en los primeros años de la Revolución pueden hallarse en Grupo de Trabajo “Memoria, Verdad y Justicia”, *Cuba, la reconciliación nacional*, Miami, Univ. Internacional de la Florida, 2003, especialmente pp. 21-39.

³⁷ La Nación, “Editorial”, 25/10/1960.

consulares- advirtieron con recelo tal tentativa. Ciertamente, la apertura cubana al diálogo con los países comunistas, y el incremento de sus relaciones comerciales, ofrecieron otra vía –un tanto más fácil- para la misma crítica. El clímax, en este sentido, fue la “recomendación” de los cancilleres americanos reunidos en Costa Rica, condenando –sin nombrar a Cuba- la aproximación diplomática de cualquier país americano con los regímenes comunistas³⁸; recomendación exaltadamente contestada desde Cuba con la conocida “Declaración de La Habana”, de septiembre de 1960.

El asunto –por el momento- no pasó a mayores. Pero la ambigüedad del ambiente político latinoamericano al respecto contribuyó sin duda a la permanencia del interrogante que estamos tratando aquí. Para La Nación, a pesar de suponer una creciente presencia comunista en las playas cubanas –influenciada por las denuncias recurrentes de la SIP y otras organizaciones, como ya se vio-, la respuesta al dilema permanece abierta:

“Convertida [Cuba] en instrumento de la penetración totalitaria del comunismo soviético, sólo cabe frente a su régimen oficial una actitud de cautelosa prudencia, de defensa constante”³⁹.

No es, lo que podría decirse, una opinión contundente. En poco tiempo, sin embargo, las brumas de la duda se disiparían.

3. Condena

En un editorial del 5 de enero de 1961, titulado “América frente al castrismo”, el diario reseñaba las (supuestas) advertencias que había ido realizando acerca de las características del régimen cubano, “sus desviaciones ideológicas, sus sospechosas relaciones extracontinentales”, las que lo conducirían inexorablemente a un enfrentamiento directo con el resto de los países del continente. Ahora, ya no había lugar para vacilaciones ni ambigüedades; los acontecimientos hablaban por sí mismos:

“Por fortuna, tantos elementos de juicio provistos por los propios abanderados del sistema dictatorial vigente en Cuba, así como la acción subversiva de éste vigente en todo el Caribe, han terminado por abrir muchos ojos. La inmensa mayoría de los que creyeron en el heroico paladín de la democracia defendida desde los vericuetos de la Sierra Maestra –y nos contamos entre ellos- han terminado por rendirse a la evidencia”⁴⁰.

³⁸ Ver Demetrio Boersner, *Relaciones internacionales de América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1990, pp. 260-266.

³⁹ La Nación, Editorial, 5/9/1960.

⁴⁰ La Nación, Editorial, 5/1/1961.

A pesar del lenguaje florido, y la insistencia en acusar al régimen cubano por sus tentativas de “exportar” su revolución como las causas que obligaban al diario a una severa censura, la “evidencia”, en rigor, tenía orígenes más pedestres. Ciertamente, la condena del diario fue de la mano con la ruptura de relaciones diplomáticas resuelta por la administración norteamericana con la República Cubana. Según los norteamericanos, su paciencia se había agotado ante las permanentes denuncias (“infundadas”, según ellos) de los cubanos acerca de los ingentes preparativos para una invasión armada a la isla. La Nación rápidamente tomó partido en la controversia, y no sólo se dispuso seguir a los norteamericanos en la censura al régimen cubano, sino que desechó como propias de una alteración mental las denuncias castristas:

“Todo indica –las declaraciones y los hechos- que ninguna otra nación ha pensado en llevar ataque alguno contra el régimen instaurado en La Habana [...] Por eso no cabe pensar sino que el régimen castrista está cayendo víctima de una psicosis que si grave para él mismo, puede serlo también para los demás pueblos”⁴¹.

La ruptura de relaciones de los norteamericanos incluía, además, una velada amenaza acerca de probables acciones cubanas en torno a Guantánamo. En este sentido, es por demás curioso que el diario, que en otras ocasiones había referido su complacencia ante el final de situaciones coloniales agotadas (en particular, en África y en Asia) evite todo comentario directo sobre la situación de la fortaleza americana en la isla. Apenas circunspectas reseñas de los dichos de la Administración Eisenhower al respecto⁴². El tópico, parece, ameritaba cierto silencio, más que una definición explícita: difícilmente podría avalarse abiertamente la ocupación de tierra cubana por una potencia extranjera. La oposición entre cubanos y norteamericanos se distendió, por corto tiempo, tras la asunción de Kennedy como nuevo mandatario del país del norte. Hasta los dirigentes castristas –y el propio Fidel- tuvieron ciertas esperanzas de lograr un *modus vivendi* más armonioso, teniendo en cuenta el halo progresista que emanaba de la flamante administración. Tales esperanzas, sin embargo, se convertirían en un completo fiasco, al producirse la invasión –con apoyo norteamericano- de exiliados cubanos en Playa Girón.

Los hechos son por demás conocidos, y no nos detendremos en ellos. Existe un amplio consenso, tanto entre investigadores del proceso cubano como en ensayistas, pró o anti castristas, en considerar claramente probada la intervención norteamericana en el asunto, proveyendo apoyo logístico y material a un contingente de combatientes

⁴¹ La Nación, 7/1/1961.

⁴² Ver “Visiones de América”, 8/1/1961.

formado principalmente de exiliados cubanos de diversos perfiles políticos. Con todo, cabría preguntarse si ese apoyo norteamericano aparecía como evidente al momento mismo de los acontecimientos. En principio, desde luego, la invasión de Playa Girón parecía dar crédito a la tantas veces formulada denuncia cubana sobre los preparativos de la misma, formalmente presentada en diversos foros internacionales que optaron consecuentemente por desestimarla. Al producirse el acontecimiento, la reacción pública en diversos lugares del mundo fue de abierta condena a la intromisión norteamericana: desde manifestaciones populares en El Cairo hasta críticos editoriales de la prensa europea insistían en condenar las actividades norteamericanas sobre Cuba. Pero inclusive hasta algunos medios de prensa norteamericanos se hicieron eco de la condena; así, el *New York Times* indicaba que “la ayuda que los Estados Unidos ha dado a los exilados cubanos en adiestramiento ha sido objeto de una propaganda demasiado intensa como para ser ignorada”⁴³.

Impertérrita ante estas reacciones, que –curiosamente- eran publicadas día tras día en las páginas del diario, La Nación optó por interpretar los hechos bajo la hipótesis de la guerra civil:

“Lo efectivo y concreto es que ha habido cubanos para defender a Castro y cubanos dispuestos a terminar con el régimen castrista [...] realmente, si los Estados Unidos hubieran descargado una parte de su poderío militar sobre Cuba ya no podría haber más discursos de Castro”⁴⁴.

Entre esos “discursos de Castro” pronunciados al calor de los acontecimientos, ha sido destacada la denominada “declaración del carácter socialista de la revolución”. En medio de un colérico mitin popular del 16 de abril de 1961, pocas horas después que aviones norteamericanos bombardearan algunos puntos de la isla y pocas horas antes de la frustrada invasión, Fidel reclamó la movilización popular para defender la “revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”. Internamente, esta definición tuvo consecuencias directas y decisivas, tal como lo reconoce C. Franqui –aun con las reservas que el tiempo impone a sus memorias-:

“¿Señal a la Unión Soviética y a Estados Unidos? Seguramente. ¿Razones internas? Sin duda. Aprovechaba una circunstancia difícil para anunciar al pueblo una definición que cambiaba muchas cosas [...] hacía parecer lo que ya era una realidad como algo necesario que le imponía el enemigo exterior”⁴⁵.

⁴³ Reproducido en La Nación, 17/4/1961.

⁴⁴ La Nación, “Panorama internacional”, 23/4/1961.

⁴⁵ Franqui, *Retrato de familia...*, p. 242.

Externamente, sin embargo, tal declaración no tuvo en el momento mayor repercusión; es notorio, para atenernos al medio que aquí analizamos, que el “socialismo de los humildes” castrista no mereció ninguna reflexión de La Nación, ni fue utilizado como un elemento más en ningún argumento condenatorio.

Por otra parte, parece evidente que la victoria castrista ante la invasión fortaleció decididamente al régimen cubano. Aún cuando los dirigentes cubanos pudieran referirse discursivamente, una u otra vez, a la amenaza latente de nuevas invasiones, la resolución del conflicto armado en Playa Girón contribuyó a un cambio de perspectiva continental sobre el régimen cubano: éste había llegado, por así decir, para quedarse. No había posibilidades visibles de un rápido cambio en la situación política de la isla. Y tal cambio de perspectiva parece haberse hecho carne especialmente en los medios diplomáticos latinoamericanos, como quedaría registrado en la Conferencia de Punta del Este de agosto de 1961.

Esta reunión había sido convocada al efecto de establecer la llamada “Alianza para el progreso”. Esta iniciativa ha sido un tanto mal tratada por la historiografía, que suele destacar, afanosamente, el “progresismo” de la administración Kennedy, y su nueva preocupación por la consolidación democrática en el subcontinente (o, inversamente, su afán en apartar a Cuba del concierto americano). Aun cuando tales opiniones pudieran tener dosis de concordancia con los hechos, es útil destacar que la administración norteamericana recogía –más que impulsar autónomamente- una iniciativa ya formulada por líderes latinoamericanos: desde la “operación panamericana” formulada por el presidente brasileño J. Kubistchek hasta las demandas por una creciente inversión de capitales en Latinoamérica indicada por R. Prebisch⁴⁶. Inclusive, hasta el propio Fidel Castro, en su época de adalid democrático continental, había formulado ideas similares –como vimos en un apartado anterior.

La Alianza para el Progreso no tuvo, posteriormente, mayores visos de concreción: las esperadas inversiones norteamericanas que contribuirían a “modernizar” la región brillaron por su ausencia, o escasez. Sin embargo, en la esperanzada reunión de Punta del Este –y contra lo que suelen creer apresuradas visiones retrospectivas- los diplomáticos latinoamericanos no se lanzaron a una “cruzada” anticubana. No se trató de ningún modo de “excluir” a Cuba de la “alianza” –económica- continental, a cambio

⁴⁶ Ver Roberto Porzecanski, *Alliance for Progress or Alianza para el Progreso? A Reassessment of the Latin American Contribution to the Alliance for Progress*, Master of Arts in Law and Diplomacy Thesis, The Fletcher School, 2005.

de las supuestas inversiones del país del norte. Con su notable agudeza, el Che Guevara, representante cubano en la reunión, lo advirtió:

“Consideramos que en uno de los párrafos se admite explícitamente la existencia de regímenes diferentes a los que tienen la filosofía de la libre empresa y que, por lo tanto, se admite la existencia, dentro del cónclave americano, de un país que presenta una serie de características que lo diferencian de los demás pero que, sin embargo, le permiten estar dentro del total [...]”

Aunque Cuba, según su representante, se abstendría de votar la Carta de Punta del Este, no dejaba de señalar su simpatía por las aspiraciones allí recogidas y, acaso principalmente, expresaba su regocijo por el cambio de perspectiva de los gobiernos de la región ante el régimen castrista:

“[...] creemos que se ha establecido el primer vínculo de coexistencia pacífica real en América y que se ha dado el primer paso para que aquellos gobiernos que están decididamente contra el nuestro y nuestro sistema reconozcan, al menos, la irreversibilidad de la Revolución Cubana y su derecho a ser reconocida como un Estado independiente, con todas sus peculiaridades, aunque no guste su sistema de gobierno”⁴⁷.

El representante norteamericano en la reunión rechazó que el documento admitiera tal interpretación; su discurso, no obstante, fue tan poco convincente que hasta *La Nación*, proclive a cuestionar la labor de Guevara en Uruguay, fue incapaz de defenderlo. Evidentemente, la interpretación del Che sintonizaba con la opinión de los gobiernos latinoamericanos, o de parte de ellos: de no ser así, sería inexplicable la “condecoración” que le otorgara días después el presidente brasileño Janio Quadros (político al que difícilmente podría ubicarse en la izquierda), o la reunión de Guevara con el presidente Frondizi.

El paso del comandante argentino-cubano ocasionaría estrepitosos resultados: si Quadros renunciara pocos días después de su reunión con Guevara, el presidente argentino sufriría embates directos de círculos derechistas influyentes, especialmente en esferas militares. Tales consecuencias probaban, de algún modo, que estos gobiernos intentaban establecer mecanismos de diálogo y cooperación con el régimen cubano que se apartaban notoriamente de la pretensión lisa y llana de exclusión que sustentaban las corrientes más reaccionarias. No era para nada infundada la amarga conclusión del diario *La Nación*, formulada en directa relación a la política exterior argentina –aunque sin duda teniendo *in mente* los dilemas brasileños:

⁴⁷ Ambas citas del discurso de Guevara, en Ernesto Che Guevara, *La Revolución. Escritos esenciales*, Buenos Aires, Taurus, 1996, pp. 153-154.

“El hecho es que el apoyo a Cuba, directo o indirecto, consolida un régimen comunista en América Latina y sienta un precedente [...] La coexistencia pacífica puede ser, en definitiva, la comunización pacífica”⁴⁸.

La melancólica reflexión tomaba nota de las realidades políticas. Aunque el diario había celebrado que la delegación cubana no hubiese firmado la Alianza para el Progreso, era indudable que los gobiernos latinoamericanos habían aceptado, como dijera el Che, que la Revolución Cubana era “irreversible”. Cerrado el camino de la invasión armada directa, ¿qué hacer entonces ante un régimen socialista instalado y fortalecido en la América Latina?

La alternativa parece haber sido ofrecida por los políticos cubanos en el exilio articulados en el “Frente Democrático Revolucionario”, en una abierta campaña publicitaria, apoyada encubiertamente por los círculos gubernamentales norteamericanos y “fogoneada” por Jules Dubois. A partir de supuestos documentos “robados” en la embajada cubana en Buenos Aires, los políticos cubanos pretendían demostrar la existencia de un vasto complot fidelista que tenía por objetivo desestabilizar o subvertir los gobiernos democráticos de la región, comenzando por el argentino. Los documentos, que a posteriori –y merced a los cautelosos procedimientos de la administración Frondizi- se mostrarían totalmente falsos, fueron no obstante presentados en una reunión de la SIP, lo que ocasionó, por añadidura, feroces controversias y acusaciones recíprocas entre algunos editores norteamericanos⁴⁹. La Nación se alineó directamente con las posiciones de Dubois, y extraía la conclusión de la necesidad de apartar al régimen cubano del sistema interamericano (conclusión, evidentemente, que era la pretensión máxima del organismo de la prensa continental). Ni siquiera la falsedad de los documentos apartó al diario argentino del objetivo prefijado. En un tremendo editorial, donde se conjuga el temor al comunismo con la irreverencia ante la “objetividad” periodística cuando se juegan partidas decisivas, el diario afirmaba:

“Debe ser admitido [...] que son las nuestras “democracias sitiadas” por la subversión totalitaria, en general, y comunista en especial. En este sentido, el episodio de los documentos cubanos puede inducir al error de creer que la infiltración y la conspiración fidelista-comunista en América son un hecho sujeto a probanzas que aún no se han producido. Los documentos, en este sentido, no podían constituir, de ser admitidos, sino una prueba sobreabundante de lo ya conocido”⁵⁰.

⁴⁸ La Nación, “Panorama político”, 27/8/1961.

⁴⁹ Ver La Nación, 19/10/1961.

⁵⁰ La Nación, “Editorial”, 20/10/1961.

Las cartas, podría decirse, estaban echadas. La presión norteamericana sobre los gobiernos de la región, con el propósito de excluir a Cuba de la organización interamericana, se tornó crecientemente insoportable. Como es conocido, esa decisión fue tomada en la reunión de cancilleres celebrada en Punta del Este, en enero de 1962, con el número de votos apenas imprescindible (y a duras penas conseguido por los norteamericanos, con actitudes que difícilmente puedan considerarse típicas de la elegancia parlamentaria), y refrendada por la OEA un mes más tarde. El objetivo norteamericano de la reunión, logrado y ciertamente anunciado con bastante antelación (ya en noviembre de 1961 se auguraba que en la reunión de Punta del Este se apartaría a Cuba) fue, si se quiere, ayudado por un áspero y en buena medida lamentable discurso de Fidel Castro proferido el 1 de diciembre de 1961, donde el líder cubano no sólo afirmaba ser “marxista leninista” sino además ofrecía una curiosa interpretación del curso de la revolución donde el engaño y la manipulación cobraban una relevancia inaudita (y básicamente errónea). Desde luego, el discurso generó una catarata de notas y editoriales, del diario que aquí analizamos –y de otros, indudablemente- reprobando y condenando los dichos de Castro. Era, de algún modo, la gota que rebalsaba el vaso: no había ya motivos para mantener posiciones tibias ante el régimen cubano. Y sin embargo, un analista de La Nación, evitando por un momento la diatriba fácil avanzó, con sutileza, una interpretación que aún el paso de los años no ha tornado inverosímil:

“La actitud de Castro no fue por eso desde su propio punto de vista desafortunada: habiendo percibido el rápido deterioro de la paciencia americana y puestas sus esperanzas nada más que en Moscú, el fidelismo se apresuró a comprometer el apoyo soviético con una formal declaración de adhesión a los principios comunistas”⁵¹.

Consideraciones finales

En un breve período de tiempo, el discurso periodístico del diario La Nación referido a la Revolución Cubana sufrió profundas inflexiones. Tales cambios fueron influidos, en parte por el propio desarrollo del proceso cubano, en parte por el devenir de los acontecimientos nacionales -argentinos. Pero también, las inflexiones discursivas estuvieron determinadas por una cierta manera de producir ideología por el periódico⁵². De acuerdo a Ernesto Laclau, el carácter de clase de una ideología o discurso ideológico no está dado por los “contenidos” que pueda albergar, sino por la forma de su

⁵¹ La Nación, “Panorama político”, 10/12/1961. El autor de esta columna era Mariano Grondona. Evidentemente, el tiempo le ha quitado su juvenil sutileza analítica.

⁵² Véase Teun Van Dijk, *Estructuras y funciones del discurso*, Siglo XXI, México, 1997.

articulación, por su “principio articulador”. De este modo, por ejemplo, un discurso burgués puede incorporar “contenidos” de raigambre socialista, los cuales serán “resignificados”, quitándoles un probable sesgo rupturista y transformados en simple diferencia⁵³. Aún cuando pensamos que esta idea tiene más valor prospectivo que retrospectivo, parece útil retomarla para observar las características del discurso de La Nación.

El diario era un exponente típico del credo periodístico, de raigambre liberal, acerca de la dicotomía entre “noticias” y “opinión”: “las noticias son sagradas, la opinión es libre”⁵⁴. Sea por respeto a este principio, o por otras razones, lo cierto es que el diario publica una multitud de información sobre la Revolución Cubana: inserción de notas provenientes de agencias internacionales, reproducción de editoriales de diarios extranjeros, artículos firmados por cronistas, etc. La cantidad y variedad de la información publicada por el diario puede ser contrapunteada con la “opinión” formulada por La Nación a respecto del mismo proceso informado. En este punto, y acaso exactamente a la inversa de lo postulado por Laclau, la “opinión” del diario parece basarse en “a priori” concluyentes. La multitud de noticias publicadas no son “articuladas” en el discurso opinativo, sino sometidas a un brutal proceso selectivo, que a veces se asemeja a un olvido deliberado. En síntesis: en lugar de la “articulación”, el discurso liberal-conservador del periódico opera en base a la exclusión, desechando simplemente las noticias que no se corresponden con su idea preconcebida.

⁵³ Ver Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Alianza, 1986.

⁵⁴ Ver Miquel Rodrigo Alsina, *La construcción de la noticia*, Barcelona, Paidós, 1993.